

***Aristas*, de Antonio S. Pedreira: Breve coda**

*Mercedes López-Baralt, Ph. D.
Profesora Emeritus
Universidad de Puerto Rico*

Primero que nada, agradecemos de corazón la cálida acogida de la Librería Laberinto y de su dueño, Javier Ortiz. A las palabras de Miguel Ángel Náter puedo añadir muy poco, pero vale insistir aquí en la dimensión que me apasiona del libro que presentamos hoy. Siempre que nombremos a Pedreira pensamos en su ensayo hace tiempo canónico en nuestras letras puertorriqueñas: *Insularismo*, publicado por primera vez en 1934. Importantísimo libro al que le he dedicado dos ediciones, una de ellas con anotaciones críticas de puño y letra de Tomás Blanco, quien, igualmente interesado en asediar la historia de nuestro país, desde otra perspectiva le respondería al año siguiente con su *Prontuario histórico de Puerto Rico*. Pero hoy, y gracias a la gentil invitación que me hiciera el insigne estudioso dominicano Miguel D. Mena para prologar su hermosa edición de *Aristas*, me he enamorado de otro libro de Pedreira. Y es que la lectura gozosa de este libro de ensayos literarios nos revela mucho del ADN escritural de nuestro autor. Porque si en la médula de su obra está la pasión historicista, que culmina en *Insularismo*, la alegría de su vocación literaria es la que impulsa *Aristas*, que se nos abre como menú apetecible del placer de la palabra. Lo que no le quita su espíritu crítico, elocuentemente advertido desde el título: *Aristas*; es decir, espinas.

La diversidad de los ensayos del libro nos muestra la amplitud del horizonte literario de Pedreira. Por una parte, la literatura española, con los generacionistas del 98, Cervantes con su Quijote, Zorrilla y Tirso de Molina con su Don Juan Tenorio; por otra parte, una amplia selección de la literatura occidental, desde el mundo clásico con los epigramas de Marcial, hasta la poesía simbolista francesa, el modernismo dariano y el teatro de Ibsen, sin olvidar las múltiples alusiones en el acápite sobre *Literatura diabólica*: entre ellos, Dante, Milton, Calderón, Byron, Shelley, Anatole France, Gorki, Edgar Allan Poe, Washington Irving, Goethe, Maquiavelo, Baudelaire y Maupassant. Pero en este amplio muestrario literario no deja

de colarse la vocación de historiador de Pedreira, visible en sus reflexiones sobre los nombres de Puerto Rico.

En la Introducción comenté brevemente sus ensayos, pero por su belleza, me tuve que detener en dos. Son, desde luego, los más literarios. El primero es el *Ensayo cromático (Notas para la biografía de El Azul)*. Embriagado por el modernismo, Pedreira mira hacia atrás para rescatar el color de la poesía, «emperador cromático de todo un siglo», y por su oposición terráquea, color marino y celestial.

Podríamos preguntarnos qué lleva al gran historiador que fue Pedreira a detenerse en esta exquisitez lírica. La respuesta es tan sencilla como sensata. Nuestro autor también es poeta, como nos lo revela la erudición de Miguel Ángel Náter, quien en el 2015 reunió sus poemas en una edición titulada *Los silencios de oro y otras poesías*. Lo que nos ayuda a entender el por qué de su indagación del azul. Y es que Pedreira estaba escribiendo los ensayos de *Aristas* al mismo tiempo que escribía sus poemas modernistas.

Pero hay más: el carácter altamente poético de su prosa y el tema de la poesía lo convierten en pionero que anticipa y augura el ensayo literario de Octavio Paz, que llega a su cúspide en *El arco y la lira*, de 1956. En el ensayo climático de dicho libro, «Poesía y poema», Paz indaga sobre la esencia del fenómeno poético, proponiendo que se funda en la abolición de los opuestos y en la consagración del instante. Por su parte, en su ensayo sobre el azul, Pedreira reflexiona sobre el rol y los significados de dicho color en la poesía decimonónica, desde el romanticismo de Victor Hugo, pasando por el parnasianismo de Teophile Gautier y el simbolismo de Mallarmé, hasta llegar al modernismo, cuando Rubén Darío lo consagró para la hispanidad, diciendo: «Yo soy aquél que ayer nomás decía / el verso azul y la canción profana». Y si Pedreira resume el poderío dariano en clave poética: «Por toda una época, el velo de Rubén ha arrojado a los poetas que ven las cosas a través de un zafiro», la prosa de Paz también rezuma poesía; baste un ejemplo:

...Hay un momento en que todo pacta. Los contrarios no desaparecen, pero se funden por un instante. [...] Ciertamente, pocos son capaces de alcanzar tal estado. Pero todos, alguna vez, así haya sido por una fracción de segundo, hemos vislumbrado algo semejante. No es necesario ser un mis-

tico para rozar esta certidumbre. Todos hemos sido niños.
Todos hemos amado. [...] Ese instante contiene todos los
instantes. Sin dejar de fluir, el tiempo se detiene, colmado
de sí.

El segundo ensayo que me apasionó se titula *Los amores de don Quijote*. Se trata de la celebración del amor eterno, el de un alma «gobernada heroicamente por un código de fidelidades prometidas a un sueño» que no existe: Dulcinea. Pedreira cita oportunamente a Unamuno, quien dice que con ella don Quijote «amasó sus recatados ensueños», partiendo de «su dulce imagen entrevista». Pedreira nos cuenta que Dulcinea ha inspirado múltiples y contrarias equivalencias: desde la ilusión y el ideal, hasta una parodia de la Virgen María... Pero insiste en su propia versión del personaje: el «símbolo del amor mismo» y a la vez, «el eterno femenino», que existe en la Beatriz de Dante, en la Laura de Petrarca, en la Margarita de Goethe y en la Julieta de Shakespeare.

Cervantes pone en boca de don Quijote una frase que explica de una vez la esencia metafísica de la musa del hidalgo, y Pedreira la evoca: «Dios sabe si hay Dulcinea o no en el mundo, o si es fantástica o no es fantástica; y estas no son de las cosas cuya averiguación se ha de llevar hasta el cabo». Aquí está la clave: Dulcinea personifica no solo al amor (y con él a la mujer), sino a la imaginación que lo inventa y lo sostiene. El ensayo *Los amores de don Quijote* es, pues, un apasionado salve al poder de la imaginación, eje matriz de la poesía. Por cierto, que el afamado hidalgo estaba muy consciente de la esencia imaginaria de su amada. Partiendo de la premisa de que las heroínas literarias no son de carne y hueso, le dice a Sancho: «Y así bástame a mí pensar y creer que la buena de Aldonza Lorenzo es hermosa y honesta y en lo del linaje, importa poco». El mismo Sancho, que ha descrito a la aldeana del Toboso como ruda y hombruna, termina quijotizándose al confesar que también la ha inventado, cuando admite: «Bien la conozco, aunque jamás la he visto».

Esta hermosa celebración de Pedreira del amor duradero por imposible, «aquel nunca logrado y jamás correspondido», anticipa en tres años el amor metafísico de la poesía de Pedro Salinas, cuya propuesta cuaja en una inolvidable trilogía amorosa: *La voz a ti debida* (1933), *Razón de amor* (1936) y *Largo lamento* (1939). Y que reverbera en la poesía del ciclo de Filí-Melé de nuestro Palés, como lo hemos comprobado mi

hermana Luce y yo en un libro reciente, *La carne muere y el verso vuela: la poesía metafísica de Pedro Salinas y Luis Palés Matos*, publicado en Madrid por Editorial Mandala hace un mes.

La ardiente apuesta de Pedreira al poderío de la imaginación lo mueve, al final del ensayo, a hacerle un homenaje a Dulcinea, como arquetipo del amor. Y con devoción de feligrés, exclama, tomando prestada por un momento fugaz la grandilocuencia del romanticismo: «¡Oh Dulcinea, Dulcinea!, que has de ser nuestro faro en la penumbra borrascosa de los fracasos; guíanos con tu lumbre por el mar de las tinieblas íntimas. [...] para que [...] cuando ya en el ocaso de nuestras luchas tengamos los cabellos blancos del polvo del camino andado, podamos recoger con inusitado deleite unas horas de paz en la conciencia». Evidentemente, este *inusitado deleite* espiritual al que aspira Pedreira no es otro que el que provoca la poesía.

Que Pedreira nos sorprenda aún en el siglo veintiuno, confirma una de las mejores definiciones de lo que es un clásico. Se la debemos a Italo Calvino, cuya sabiduría sentencia que un clásico es una obra o un autor «que nunca termina de decir lo que tiene que decir».